



José Luis Trueba Lara, *Moctezuma*

(Ciudad de México, Editorial Océano, 2018, pp. 274,
ISBN 978-607-527-598-7)

por Emilia Perassi

Escritor, periodista, editor, profesor e investigador universitario, José Luis Trueba Lara desde hace tiempo investiga, problematiza y ficcionaliza la historia antigua de México, brindando claves para dibujar de manera diferente el imaginario que suele conformarla. Después de haber empezado a elaborar el relato de los orígenes con, entre otros, *Cíbola y Quivira: el norte del reino*, de 2007; después de haberse dirigido también a un público adolescente, como certifican sus títulos para Alfaguara juvenil (*La ciudad sin nombre*, de 2005 o *Mi señora. La reina maya y Teotihuacan. Los ríos de fuego* de 2013), Trueba Lara publica en 2018 la novela *Moctezuma* para acercarse a la figura del último emperador mexica desde una perspectiva independiente de la mitología nacional. Una mitología que converge hacia la construcción del gran culpable de la derrota del imperio azteca frente a los españoles, miedoso, cobarde, supersticioso. Y de hecho, el nacionalismo mexicano echará para atrás a Moctezuma Xocoyotzin, *Tlatoani* entre 1502 y 1520, prefiriendo las virtudes más clásicas, menos atribuladas, de Xicotécatl o Cuahutémoc. “Bestia negra del pasado indígena. Solo le compite la Malinche” – así lo define el mismo Trueba Lara en un programa de radio del 17 de agosto¹. El objetivo es pues reivindicarlo.

¹< <https://www.msn.com/es-mx/noticias/video/josé-luis-trueba-indaga-en-los-mitos-de-moctezuma/vi-AAAdl3w>> (10 de septiembre 2018).



Pero no a la manera de la novela histórica edificante y edificadora, sino de la que ha cruzado todos los territorios de la *fiction* y de la *faction*, para encontrar en la porosidad del umbral entre historia y ficción un espacio hermenéutico integrado, en el que dialogan imaginación, intuición, documentos.

En la “Nota para curiosos” que termina el relato, el escritor da cuenta de sus fuentes e intervenciones. Allí cuestiona su propia visión anterior, es decir la que aparece en *La ciudad sin nombre*, deudora “de los viejos libros” (p.256) de Heriberto Frías, en los que se modeliza una tradición literaria que ve en Moctezuma a un “hombre atrapado por las profecías, un cobarde que se rindió ante los invasores sin oponer resistencia, un traidor que merecería un juicio sumarísimo y una buena pedrada en la sesera” (*ibídem*). A continuación, Trueba Lara explica la vuelta de tuerca que sufren sus propias indagaciones sobre el Tlatoani a partir del texto del historiador belga Michel Graulich, *Moctezuma. Apogeo y caída del imperio azteca*, publicado en México en 2014, siendo su edición original de 1994. Como bien señalan Sylvie Perstraete, Nathalie Ragt, Guilhelm Olivier y Élodie Dupey García en el obituario que le dedican a Graulich (1944-2015) en *Estudios de cultura náhuatl* (n. 49, segundo semestre de 2015, pp. 261-302), esta biografía se inscribe en el renacimiento de los estudios biográficos que se dio en Francia en los 80 y que se funda en la necesidad de superar la supuesta oposición entre historia individual e historia colectiva. Formidable estudioso del México antiguo, al emprender la redacción de la biografía sobre la trágica figura de Moctezuma II, Graulich se cuestiona – tal como lo estaba haciendo Le Goff con San Luis – sobre la posibilidad de hacer un retrato fidedigno de un personaje tan remoto, cuya parcial, o aparente, existencia es consignada por fuentes a menudo partidistas o contradictorias, tanto las españolas como las indígenas. Comenta Graulich:

Los especialistas del pasado precolombino suelen tener una formación de arqueólogos o antropólogos, no de historiadores. Los historiadores, por su parte, se interesan en la Conquista y en lo que siguió, pero no en lo que la precedió. Además, los mitos no son muy de su agrado y resulta que son fundamentales en la historia que nos ocupa. (2014: 7)

En opinión de sus discípulos, valerse de los mitos para analizar los actos de Moctezuma constituye uno de los aspectos más novedosos del libro (S. Perstraete, N. Ragt, G. Olivier y É. Dupey García, *art.cit.*, p. 273).

Trueba Lara asume en su novela la misma pregunta que orienta la biografía de Graulich: ¿cómo contar esta historia? ¿Cómo entrelazar ciertas posibles verdades de las fuentes con sus vacíos y silencios? ¿Cómo urdir la historia individual, o sea la imaginación de las razones íntimas del personaje/persona, con la colectiva, es decir con la materialidad de los hechos y su trascendencia real y simbólica?

El eje representado por la perspectiva de Graulich se complementa en la novela con otros materiales, puntualmente citados: los estudios de Berenice Alcántara Rojas sobre los rituales del embarazo y de Patrick Johansson sobre los rituales de circuncisión; el herbolario de Martín de la Cruz por lo que se refiere a los medicamentos; la historia de



Diego Muñoz Camargo por lo relativo al significado del nombre de Moctezuma; el libro de Óscar Moisés Montúfar sobre el uso de los regalos entre los mexicas; el de Pablo Escalante Gonzalbo sobre las pruebas de iniciación en los calmecac; los de Ximena Chávez Balderas, Miguel León Portilla y Felipe Solís Olguín sobre los acontecimientos a partir de la muerte de Axayácatl, el padre de Moctezuma II, hasta el ascenso al trono de Tízoc; los de Carlos Javier González y de Guilhelm Olivier sobre el reinado de Ahuizotl, el último soberano mexica antes del "Señor de todos los Señores"; la historia de Texcoco del "siempre sospechoso" (p.262) Fernando Alva de Ixtliloxochitl; la biografía de Cortés de José Luis Martínez (aunque al principio, confiesa Trueba Lara, "tuve la tentación de seguir los pasos de uno de sus biógrafos heterodoxos, Christian Duverger", *ibidem*); la obra de Diego Durán, el *Códice florentino*, los ensayos de Patrick Johansson y de Diana Magaloni Kerpel por lo que se refiere a las profecías y a su contaminación por las imágenes del cristianismo.

La documentación histórica dialoga, en *Moctezuma*, con la autonomía de la intuición o imaginación literaria, siempre precisada, siempre asumida como espacio impostergable dentro de un panorama historiográfico que con honestidad tiene que declararse a menudo conjetural, permanentemente complejo en la representación de la verdad, no solo por la lejanía del objeto, sino también por la subjetividad (cultural) de las fuentes. Sin embargo, en la novela, la osamenta fáctica de la lectura sociopolítica del imperio azteca y de la actuación de Moctezuma se mantiene fiel a los puntos claves de la visión de Graulich, tal como se dieron especialmente en la primera mitad de su biografía, dedicada al periodo que precede a la llegada de los españoles. También en Trueba Lara el reto narrativo es el de colocarse en otro lugar con respecto al de la historia oficial: no solamente en el momento luctuoso del encuentro con Cortés, en el que el relato canónico adensa toda la historia mexica, como si no tuviera otra y propia anterioridad, sino en lo que la precedió y que por esto la explica. Y la primera escena de la novela da origen tanto a la anécdota como al personaje, al presentar su nacimiento, acompañado por esos rituales y esos mitos que definieron la sofisticada estructura estamental de la cultura mexica y, por ende, la vida del futuro emperador.

La construcción del personaje encuentra su mayor extensión en las partes dedicadas a la educación del príncipe, haciendo hincapié en el periodo de formación en el calmecac, en la brutal dureza de sus leyes, volcadas hacia el aprendizaje de los códigos hiperestratificados de la comunicación guerrera y cortesana, hacia el dominio más total de emociones, pensamientos, gestos y hacia la adquisición de la soledad como el único reducto confiable para un joven destinado a acceder al poder, a enfrentarse sin miedo con su ferocidad, a forjar una autonomía psíquica y afectiva totalmente centrada en su propio yo, exclusivo y excluyente.

La reivindicación de la figura de Moctezuma en Trueba Lara, determinada por la intención de superar la visión depresiva y desvalorizadora del soberano mexica, absorbe de Graulich la imagen del Tlatoani como gran estadista, gran guerrero, hombre solitario, primer soberano que logra consolidar realmente el imperio, pero al que le toca al mismo tiempo el choque con los españoles. Como en Graulich, también en Trueba Lara el relato



pasa por la etapa de formación del príncipe, por su encuentro con el sufrimiento y con la guerra, por su vida cotidiana en la vastedad peligrosa y en los venenos del palacio y de la corte, por su proyecto político. La grandeza de este proyecto se articula a través de unas acciones resueltas e innegociables: la consolidación del imperio integrando los enclaves independientes por medio de reiteradas campañas militares, nunca azarosas, sino correspondientes a un designio preciso; el uso de las guerras floridas, instauradas en la época de Moctezuma I, también para controlar a las élites enemigas bajo la apariencia de una ideología caballeresca; las reformas administrativas para aumentar la cohesión del imperio; el control de los nobles de provincia, cuyos hijos se educan en la capital mexicana, asimilándose a su cultura y alejándose de la paterna; la revolución religiosa, que sustituye a Quetzalcoatl con Huitzilopochtli, instalando al dios de la guerra en el corazón de la cosmogonía imperial.

Tema narrativo importante es también el que Trueba Lara les dedica a las mujeres mexicanas, especialmente a las aristócratas, sobre cuyos cuerpos se escribe tanto la paz como la guerra, cuerpos esenciales para el intercambio, meros instrumentos políticos, a los que están vedadas emociones y subjetividad. A través de ellas, termina dibujándose el mundo extremo del poder, con su impiedad, violencia, indiferencia hacia toda razón íntima. "Hice lo que tenía que hacer, lo necesario para salvar al imperio": con esta frase reiterada, Moctezuma se despide de sus dudas, de sus afectos, de su piedad. Se erige titánica la imagen de un soberano que asume de manera radical su mandato, que se reconoce ritualmente principio y fin de todas las cosas, gigantesco en su designio imperial, emblema de una cultura de vertiginosos abismos culturales, de herencias y consignas, en los que se apagan las posibilidades de entender plenamente la feroz otredad que está por desgarrar el monumental edificio histórico mexicano.

Una prosa rica, detallada y culta teje el relato. La anima un ritmo narrativo que alterna las escenas íntimas con las corales, que se demora en la contemplación del lenguaje icónico de cuerpos esculpidos por las normas de su alta cultura, al mismo tiempo abstrayéndose en diálogos pulidos y austeros en los que se resume la exactitud sin restos del posible pensamiento del "Señor muy severo y grave".

Emilia Perassi

Università degli Studi di Milano

emilia.perassi@unimi.it